

en la tierra prometida. A su vista cayeron las murallas de Jericó. Oza, que con mano imprudente se atrevió a tocarla, quedó herido de muerte; los Bethsanitas no tuvieron derecho de verla, y por su indiscreta curiosidad murieron en número de setenta mil; el arca, depositada en casa de Obadedom, trajo consigo mil bendiciones. Y todas estas maravillas están en la Eucaristía. Es la verdadera arca de alianza que une la tierra al cielo, el arca incorruptible de donde proceden todos nuestros bienes, el maná celestial, la ciencia divina y la vara que hiere á nuestros enemigos. Los querubines la rodean y la adoran, y nosotros también la adoramos como arca de la Divinidad en la que Dios nos concede el perdón; por ella pasamos á la tierra prometida de la eternidad, después de haber atravesado el río del tiempo; rompe el poder y los furores del demonio como los muros de Jericó, y colma de bendiciones á los que tienen el honor y la dicha de recibirla. Pero también castiga con la muerte á los temerarios y profanadores.....

La Eucaristía es también el memorial y el compendio de las maravillas de la nueva ley.

1.º La Eucaristía es el memorial de la encarnación. Hay entre una y otra grandes relaciones. Con la encarnación vino á nosotros el Hijo de Dios; y lo mismo hace con la Eucaristía. En la encarnación fué su advenimiento visible y palpable; y en la Eucaristía su advenimiento á nosotros, aunque invisible, es muy verdadero. En la encarnación vino á rescatarnos; y en la Eucaristía viene también á aplicarnos la redención para santificarnos. Cada vez que contemplamos la Eucaristía reconocemos que el Verbo se ha hecho carne, que ha habitado y que aun habita entre nosotros bajo el velo de las especies sacramentales.

La Eucaristía es como una extensión de la encarnación. Jesucristo se encarna, por decirlo así, en nosotros y nos diviniza.

2.º La Eucaristía nos recuerda los dos orígenes del Hijo de Dios, eterno el uno, y temporal el otro: por el primero emana del Padre por vía de generación, y por el segundo es enviado del cielo á la tierra. El primero existe desde la eternidad en el seno del Padre, y el segundo se cumple en la plenitud de los tiempos en el seno de María. Jesucristo ha querido honrar, imitar y extender estos dos modos de existencia con otra existencia, con su existencia sacramental, viniendo á nosotros y en nosotros para hacernos partícipes de su Divinidad encarnada y de su humanidad deificada.....

3.º La Eucaristía es el memorial del misterio de la natividad. La natividad tuvo lugar en Belén. Belén quiere decir «casa de pan.» Allí nació el que dijo, hablando de sí mismo: Soy el pan vivo bajado del cielo: *Ego sum panis vivus, qui de celo descendi.* (Joann. VI. 51). Allí estuvo echado en un pesebre; allí le adoraron los ángeles y los pastores, y fué respetado de los animales. Con la consagración todas estas circunstancias se renuevan. La Iglesia es Belén, la casa de pan que baja del cielo; el altar es el pesebre en que descansa; y los

manteles del altar son los humildes pañales en que fué envuelto aquel Dios hecho hombre. ¿No está adorado en el altar por los ángeles, los pastores y el pueblo? El Verbo encarnado quiso nacer en un establo para que los hombres, abandonando la vida animal, tuviesen una vida de ángeles. Vivan pues alerta los cristianos para no ser como los brutos, y para que, cuando reciban al Verbo divino en la santa comunión, no le ofrezcan un establo, sino una morada digna de Él. En su advenimiento por medio de la encarnación, nació en un establo, para hallar en él al hombre que se había embrutecido, darle la mano, levantarlo, hacerle salir del fango, purificarle, darle la pureza de los ángeles y llevarle al cielo; pero en su advenimiento por medio de la Eucaristía, no quiere ya establo, cieno ni mancha; quiere en nosotros un corazón puro, celestial y una conciencia muy limpia.....

4.º La Eucaristía es el memorial de la Epifanía. Magos conducidos ó iluminados por una estrella fueron á adorarle y á ofrecerle presentes. Debemos imitarles.

5.º La Eucaristía es el memorial de la visitación. Al verse Isabel ante la madre de Dios, exclamó llena de alegría: ¿Y de dónde me viene la dicha de que la madre de Dios venga á verme? *Et unde hoc mihi, ut veniat mater Domini mei ad me?* (Luc. I. 43). Juan Bautista se conmovió en el seno de su madre, y quedó santificado con la presencia de Jesucristo: María entonó el magnífico cántico del *Magnificat*. Todas estas maravillas se renuevan en la sagrada mesa.....

6.º La Eucaristía es el memorial de la presentación, cuando el santo anciano Simeón recibió en sus brazos aquella sagrada prenda, alabando al Señor y diciendo: Ahora, Señor, dejad que vuestro criado se vaya en paz, según vuestra palabra; puesto que mis ojos han visto al Salvador prometido que tenéis dispuesto para ser, ante todos los pueblos, la luz que ilumina á las naciones, y la gloria de Israel vuestro pueblo. (Luc. II. 28-32).

¡Dichoso el anciano que recibió á Jesucristo en sus brazos! Pero más dichosos los que le reciben en la sagrada mesa, puesto que le reciben en su corazón! Imitemos á Simeón con nuestra alegría y reconocimiento..... Imitemos á la profetisa Ana que anunció la grandeza del divino Niño.....

7.º La Eucaristía es el memorial de la transfiguración de Jesucristo. ¡Admirable transfiguración en la que el glorioso cuerpo de Jesucristo está oculto bajo las apariencias del pan! Allí oculta su esplendor, su luz más deslumbrante que el sol, adorada de los ángeles y de los hombres. ¡Admirable transfiguración que también á nosotros nos transforma en Dios! Y esta admirable y doble transfiguración se verifica en una elevada montaña, en la Iglesia católica, verdadero Thabor que es la montaña más alta, la única montaña rica, bella y fértil. En la santa mesa es donde el alma fiel puede decir con Pedro: ¡Qué bien estamos, Señor, aquí! quedémonos: Do-

mine, bonum est nos hic esse. (Matth. XVII. 4). En la santa mesa es donde el Padre pronuncia aquellas palabras: Este es mi Hijo predilecto en quien he puesto mis complacencias: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacuit.* (Id. XVII. 5).

8.º La Eucaristía es el memorial de la última cena; puesto que todos los días se pronuncian en el altar y tienen cabal cumplimiento, como el juéves santo, aquellas palabras: Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre.....

9.º La Eucaristía es el memorial de la pasión del Salvador, dice Santo Tomás: *Recolitur memoria passionis ejus.* (In Offic. SS. Sacram.). El santo sacrificio de la misa es la verdadera representación del sacrificio de la cruz. Al instituir aquel adorable sacramento, Jesucristo dijo: *Haced lo mismo en memoria mia: Hoc facite in meam commemorationem.* (Luc. XXII. 19). Por esto cada día es ofrecido el sacrificio de la misa, y el gran sacramento del altar tiene cumplido efecto por el ministerio de los sacerdotes, en memoria de la re-dención que quedó consumada con la pasión y muerte de Jesucristo. El altar nos representa el Calvario. Los vestidos sacerdotales nos indican las diferentes circunstancias de la pasión. Y ¿por qué se separa la consagración del pan de la del vino, sino para representar la muerte del Salvador, con la que la sangre se separó de su cuerpo?

10. Finalmente la Eucaristía es el memorial de la resurrección, de la ascension y de todos los misterios de nuestra fe.....

Es el memorial de todos los milagros de Jesucristo.....

El Señor ha perpetuado la memoria de sus maravillas; era el Dios de bondad, el Dios de misericordia; ha dado alimento á los que le temen: *Memoriam fecit mirabilium suorum, misericors et miserator Dominus; aeternam dedit timentibus se.* (Psal. CX. 4-5).

¿Cuánto, cuánto tiempo permaneció Jesucristo en nosotros? Jesucristo vive real, personal y sustancialmente en nosotros por medio de la Comunión tanto tiempo como existen las especies sacramentales: cuando quedan consumidas, Jesucristo permanece en nosotros virtualmente, como la virtud del alimento y de un vino generoso después que se han convertido en sustancia nuestra. Con esta permanencia virtual, la Eucaristía alimenta, hace crecer, fortifica y regocija al alma fiel.

Hé aquí, pues, el orden de cosas en la recepción de la santa Eucaristía: 1.º Jesucristo es recibido entero en alimento y permanece en nosotros; 2.º Después de cambiada la naturaleza de las especies, la carne y la humanidad de Jesucristo cesan de estar en nosotros; pero su Divinidad como un alimento inmortal permanece en nosotros, y finalmente esta Divinidad comunica á nuestra alma la vida sobrenatural, la mantiene, la aumenta, alimentándola constantemente con su gracia.....

Necesidad de comulgar. Escuchemos á Jesucristo: En verdad, en verdad os lo digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no ten-

dréis la vida en vosotros: *Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.* (Joann. VI. 54). Jesucristo lo asegura con juramento: hemos de recibir la divina Eucaristía, y alimentarnos de ella; de otra suerte no viviremos.

Tomad y comed; este es mi cuerpo, dijo Jesucristo: *Accipite et comedite: hoc est corpus meum.* (Matth. XXVI. 26). Esto es un segundo precepto de comulgar.

Segun el profeta Zacarías, la Eucaristía es el trigo de los elegidos, y el vino que hace germinar á las vírgenes: *Fruentum electorum, et vinum germinans virgines.* (IX. 17). Estas palabras prueban que nos es imposible llevar una vida espiritual, perseverar largo tiempo en la gracia, y sobre todo ser castos y puros sin la Eucaristía, como es tambien imposible sostener la vida del cuerpo sin el alimento.....

Debiéramos comulgar á menudo, y halláramos en la comunión toda clase de bienes..... Pero á lo ménos es preciso que cumplamos el precepto de Jesucristo por Pascua, que es la época fijada por la Iglesia, su esposa, en vista de la indiferencia, la negligencia y ceguera de los hombres: Comulgarás por Pascua florida. Este precepto de la Iglesia, fundado en el precepto de Jesucristo es obligatorio, bajo pena de pecado mortal. Y sin embargo, cuántos cristianos cobardes y criminales, cristianos de nombre y paganos de conducta están en el triste estado de pecado mortal, en el estado de condenación! ¡Cuántos violan aquel sagrado precepto! Desprecian á Dios y desprecian á la iglesia. Pero, como dice S. Cipriano, ninguno tendrá á Dios por Padre si no quiere reconocer á la Iglesia por madre. Y, ¿reconocemos á la Iglesia por madre cuando violamos su ley, la despreciamos y nos burlamos de ella? ¡Qué desgraciado!..... Como los judíos ingratos en el desierto, su corazón se cansa de aquel divino maná: *Anima nostra jam nauseat super cibo isto.* (Num. XXI. 5). Este pan de los ángeles se les hace insípido y lo desprecian. ¡Oh, cuántas personas parecen vivas y están muertas! dice el Apocalipsis: *Nomen habes quod vivas, et mortuus es.* (III. 1).

¡Vernos admitidos en la mesa de Jesucristo, recibirle, alimentarnos con su cuerpo, qué tesoro, que dicha! ¡qué cosa más ventajosa, más grande, más honorífica y consoladora! Y no sólo nos permite Dios acercarnos á él, lo que es ya un insigne favor; no sólo nos invita, sino que nos lo manda. Hay tanto deseo de hacer bien, de llevarnos de sus más abundantes gracias, y de entregarse enteramente á nosotros, que nos hace un mandamiento de recibirle.....

¿De qué puede proceder este apartamiento de la sagrada mesa? Procede de la ignorancia, ó del olvido, del respeto humano, de las malas costumbres, del desprecio ó de la falta de fe; procede algunas veces de todos males reunidos. ¡Desgraciados, que preferís así la suprema miseria á las mayores riquezas, la desgracia más grande

Cuán ventajoso es comulgar á menudo.

á la soberana dicha, la muerte á la vida, la maldición á la bendición, el infierno al cielo, la nada á Dios!

Cada día alimentamos nuestro cuerpo, este cuerpo que pronto será alimento de los gusanos; ¡y no alimentamos nuestra alma con nuestro Dios, que es su único alimento! Todos los días deseamos y buscamos viles alimentos; ¡y abandonamos el cuerpo y la sangre de Jesucristo! ¡O insensatos mortales, qué dignos sois de lástima!...

Los primeros cristianos comulgaban cada día. Las almas fervientes en todos los siglos han comulgado á menudo; y los verdaderos cristianos que ahora existen hacen lo mismo. S. José de Cupertino, religioso franciscano, recibía cada día la sagrada Hostia: por las mananas parecía su rostro extremadamente pálido; pero se ponía fresco y sonrosado despues de la Comunión. (*In ejus vita*).

San Pedro Crisólogo recomendaba con insistencia la frecuente comunión, deseando que este sagrado pan fuese el alimento diario de todos los cristianos. (*In ejus vita*).

San Elzear participaba con frecuencia durante la semana de la santa comunión. No creo, decía, que pueda imaginarse alegría semejante á la que experimento en la mesa del Señor. El mayor consuelo de una alma en la tierra es recibir á menudo el cuerpo y la sangre de Jesucristo. (*In ejus vita*).

Santa Angela comulgaba tambien todos los días, y sus comuniones eran para ella un manantial abundante de espirituales dulzuras. (*In ejus vita*).

Todos los Santos han deseado recibir á menudo la divina Eucaristía; de ella han sacado su santidad y su perfección....

Con la comunión frecuente, crecemos en pureza, en humildad, en virtud, en santidad y en méritos....

¿Cuál fué el designio de Jesucristo al instituir la Eucaristía? Quiso que su uso fuese ordinario para nosotros: lo deseó, y nos invitó á ello: *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum.* (Luc. XXII. 15). Hé aquí por qué nos ha dado este sacramento como un manjar, dice S. Agustín; y por esto lo presenta tambien en forma de bebida: lo instituyó como una comida para hacernos comprender que era un alimento que debíamos usar, y usar con frecuencia. (*De celest. vita*).

El pan eucarístico es principalmente lo que pedimos cada día en las palabras del Padre nuestro: El pan nuestro de cada día dánoslo hoy: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.* (Luc. XI. 3).

Jesucristo nos invita á la comunión frecuente: Venid, dijo, comed mi pan, y bebed mi vino: *Venite, comedite panem meum, et bibite vinum.* (Prov. IX. 5).

Esto hacía decir á S. Ambrosio: ¡Pues qué! si este sacramento es un pan, y un pan que debiera ser cada día el alimento de nuestra alma, ¿es bastante recibirle una vez el año? *Si panis est, si cotidiana est, quomodo illum post annum sumis?* (Lib. V. de Sacram., c. IV). Tomad, dice S. Agustín, este alimento tantas veces como pueda seros útil; y si todos los días os aprovecha, tomadlo cada día: *Accipe quotidie quod quotidie tibi prosit.* (De celest. vita).

De hai se sigue que todo cristiano está obligado, no á comulgar cada día, sino á hallarse dispuesto á comulgar cada día. Vivid de tal manera, dice S. Ambrosio, que podáis alimentaros siempre de este pan vivificante: *Sic vice, ut quotidie merearis accipere.* (Lib. V. de Sacram., c. IV).

Es moralmente imposible que el que comulga á menudo no esté poderosamente excitado á purificar su corazón, á arreglar sus costumbres y á reformar su conducta. Es un ventajoso pensamiento el del que dice: ¡Mañana debo, pronto debo acercarme á la sagrada mesa; debo recibir á Jesucristo y unirme á él! Y de este pensamiento, ¡cuántas oraciones cuánta humildad, cuánta vigilancia nacen naturalmente! No hay mejor medio para perseverar que la sagrada comunión.

La comunión frecuente es útil á los justos, ora para sostenerlos, ora para hacerlos adelantar en la virtud y en la perfección. Para sostenerlos; porque ¿qué podemos hacer con nuestras propias fuerzas? ¿qué somos, abandonados á nosotros mismos?.... Para adelantar; porque el hombre debe adelantar siempre en el camino de la virtud..., del cielo... Y ¿cómo podrá ir de virtud en virtud y subir al cielo, si no se alimenta á menudo con el pan de los fuertes?....

La comunión frecuente es útil á los pecadores resucitados á la gracia, para no volver á caer, obtener nuevas gracias, expiar sus pecados y no volver á mirar atrás....

«Pero-dirán algunos-se necesitan tantas disposiciones para acercarse dignamente á la santa mesa, que no nos atrevemos á comulgar tan á menudo; aun yendo una vez al año, temblamos.» La frecuente comunión es la mejor de las disposiciones. Una comunión es una acción de gracias de otra comunión, y la comunión de hoy es la mejor disposición á la comunión de mañana.... Sucede con la comunión como con las oraciones; cuanto más oramos, más sabemos orar y más gusto hallamos en la oración. El mismo uso de la Eucaristía es el que nos ha de poner en estado de comulgar más dignamente....

¡Dichosos los Apóstoles, decís, y todos los que vieron á Jesucristo en la tierra, que conversaron con él, con él comieron, fueron testigos de sus milagros, y por él fueron curados! Pues todo esto teneis en la sagrada mesa....

Por lo demás, la comunión debe ser más ó ménos frecuente segun el fruto que saquemos de ella. Al confesor es el que debe determinar las comuniones. Comulgar á menudo y tener siempre las mismas imperfecciones, los mismos hábitos viciosos, la misma tibieza, sería exponernos, por lo ménos, á hacer comuniones tibias....

No hemos de olvidar, sin embargo, que la comunión no hace impecable, y hemos de recordar tambien que borra los pecados veniales.... Y si, á pesar de las frecuentes comuniones, somos tan imperfectos, ¿qué sería si descuidásemos aquel divino maná? Dios tambien permite estas fragilidades para humillarnos y para inclinarlos á velar, á orar y hacer penitencia....

La comunión frecuentemente nos hace hacer progresos en la perfección sin que lo advertamos, y hasta es un bien que lo ignoremos, para que el amor propio y la vanidad no destruyan lo poco bueno que haya en nosotros.....

Por lo demás, no seamos nunca los jueces de nuestras comuniones; dejemos fallar al que para nosotros ocupa el lugar de Dios. A nuestro director toca trazarnos la regla de conducta, y á nosotros nos toca obedecer.....

Desgracia de los que se apartan de la santa comunión y se disgustan de ella.

¿Cómo puede disgustarse una alma de recibir el cuerpo y la sangre de Jesucristo? ¿Cómo puede disgustarse de un pan que es la delicia de los ángeles? Que esta pan sagrado y vivificante sea insipido para cierto número de personas que tengan trabajo en usarlo, que se nieguen hasta á usarlo, es una ceguedad y una desgracia indecibles. Y esto es sin embargo lo que vemos cada día. ¡Espantoso estado para ellos! La prueba más grande de una salud débil, de una salud que desaparece, es el disgusto que causan los mejores alimentos: debe existir entonces alguna enfermedad secreta y muy peligrosa, y debemos emplear todos los medios para detener el mal y hacerlo desaparecer. El mismo razonamiento debemos hacer relativamente á la santa Eucaristía. Perder el gusto de la comunión es lo que debemos considerar más temible, y no tener sentimiento de ver este disgusto que se apodera de nosotros, y vivir tranquilos, con indiferencia, sin inquietud, es el colmo del endurecimiento y el índice cierto de una conciencia absolutamente desarreglada, ó á punto de caer en un completo desarreglo y perderse.....

Es verdad que hay un disgusto de la comunión que Dios puede permitir, y que es una prueba ó un castigo transitorio. Es aridez ó sequedad. Pero entonces gemimos, nos humillamos, etc.; y semejantes disgustos no son de temer ni deben apartarnos de la comunión..... Pero el disgusto que proceda de nosotros mismos, de nuestra flojedad en el servicio de Dios, es una grandísima desgracia y un crimen. Este disgusto es muy comun en el mundo, y de este es del que aquí tratamos.....

¿Cuál es la causa de tan grande y tan pernicioso disposición? Es la relajación de la vida..... En vano buscaríamos otras causas; nos cegamos, estamos en un error.

Alegan algunos por causa que no están en estado de comulgar, que temen hacer un sacrilegio. Tienen razon en temer al sacrilegio; es el crimen de Judas, es el más grande de los crímenes. Pero ¿por qué han de cometer un sacrilegio recibiendo la santa comunión en el estado en que se hallan? Porque están dominados de la cobardía, y la cobardía es la que les ha sumergido en aquel deplorable estado. Que desechen la cobardía, y pronto serán capaces de recibir dignamente á su Dios.

¿Qué se ha hecho aquel tiempo feliz en que por primera vez comulgasteis? Entonces frecuentabais los Sacramentos, os gustaba fre-

uentarlos..... ¿Quién ha cambiado? ¡Dios ó vosotros? Dios no cambia: es siempre infinitamente bueno y amable, infinitamente digno de que la deseemos. Vuestro corazón es el que ha cambiado; habeis descuidado y luego abandonado la oración, la confesión, la vigilancia y la circunspección, que hace huir de las próximas ocasiones del pecado; habeis escuchado al demonio, el mundo y la concupiscencia; y desde aquel tiempo fatal para vuestra inocencia os habeis ido disgustando de la santa Eucaristía, acabando por preferir Barrabás á Jesucristo.

¡Y qué terribles son los efectos del disgusto y del alejamiento de la mesa del Señor! La relajación de la vida conduce al disgusto de la comunión, y este disgusto lleva al abandono de todos los más sagrados deberes; y entonces disminuyen las gracias, se debilitan las fuerzas, y se fortifican los enemigos. Desde el momento que nos alejamos de Jesucristo, nos acercamos al demonio.

Abandonada la santa comunión, se agostan todas las gracias, los enemigos nos asaltan, nos enlazan, nos instan y nos sujetan. Sin comunión, no hay comunicación con Dios, abandonamos casi enteramente el servicio de Dios; y Dios se retira y nos deja á su vez en el abandono. Pero la mayor de las desgracias es vernos abandonados de Dios. Preguntadlo si nó á los reprobos.... El Real profeta pinta en dos palabras tamaña desgracia: *Escaam abominata est anima eorum et appropinquaverunt usque ad portas mortis*: Han tenido horror á aquel pan de vida, y han ido á las puertas de la muerte. (CVI.18). Quedan heridos y abatidos como la yerba de los campos: su corazón está seco, porque no comen ya el pan de vida: *Percussus sum ut fenum, et aruit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum*. (Psal. CI. 3). Entonces el torrente de todas las pasiones se desborda, y vienen caídas y recaídas, y costumbres que se convierten en necesidades. Nos hallamos como sobrecogidos, arrastrados, precipitados por las caídas: las recaídas cierran la puerta, y los hábitos la emparedan. Ya no hay aire, ya no hay luz, ya no hay movimiento: morimos y vamos á despertarnos en el infierno.....

¿Hemos de desesperarnos? No. Hay un remedio eficaz: alejar el disgusto de los Sacramentos, confesarnos y ponernos en estado de comulgar como otras veces.

Dios obra en favor nuestro milagros en la Eucaristía: debemos presentárselos nosotros también casi semejantes, y tantos cuantos nos presenta, todo con nuestra preparación.

El primer milagro que obra Jesucristo es el de la transubstanciación; y de la misma manera debe el pecador transubstanciarse también con un corazón contrito y penitente, para hacerse digno del festín eucarístico, para que de carnal que es se vuelva espiritual, y de orgulloso, gloton, injurioso, envidioso, arrebatao, se vuelva con los esfuerzos que haga para corregirse y por la virtud del cuerpo de Jesucristo, humilde, sobrio, casto, liberal y dulce. Entonces podrá

Disposiciones que hemos de llevar á la sagrada mesa.

decir con S. Pablo: Vivo, pero no yo; el Cristo es el que vivo en mí: *Vivo, jam non ego; vivit vero in me Christus.* (Gal. II. 20).

De ahí resulta que todo cambiará en el hombre, su exterior y su interior; no será ya el hombre, será Jesucristo.

Segundo milagro. En la Eucaristía están el cuerpo, la sangre, el alma y la Divinidad de Jesucristo; y nosotros debemos ofrecer igualmente á Jesucristo, consagrándoselo, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestro espíritu y corazón, á fin de que todo lo que está en nosotros sea entregado á Jesucristo, que todo redunde en alabanza suya, en su honor, amor y gloria.

El tercer milagro en la Eucaristía es la humildad de Jesucristo: El, inmenso, infinito, se encierra en una pequeña hostia, y hasta en cada partícula de la Hostia: ¡qué prodigio de humildad! Aprended de Jesucristo á humillaros acercándoos á El. Jesucristo se oculta bajo estas apariencias; ocultad también vuestras virtudes, vuestras riquezas espirituales, para que no deseéis agrandar más que á Dios. Jesucristo en la Eucaristía sufre sin quejarse todas las injurias, todas las afrentas, etc.: *haced lo mismo.*

Cuarto milagro. Jesucristo se me ofrece indivisible, entero: yo obraría pues muy mal, si me dividiese, si le quitase la más pequeña parte de mí mismo....

El quinto milagro es la imposibilidad de Jesucristo: imitémoslo con nuestra paciencia.

Sexto milagro. Jesucristo en la Eucaristía es de tal manera invisible á los sentidos, que la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto se engañan. Aprendamos de ahí á mortificar nuestros sentidos, á ser insensibles al mundo y á la carne.

El séptimo milagro de la Eucaristía, es que Jesucristo nos ofrece las cualidades de su glorioso cuerpo, la claridad, la agilidad, la sutilidad y la imposibilidad. Ofrecémosle también el esplendor de la pureza y del buen ejemplo, la agilidad del fervor, la sutilidad de la contemplación, y la imposibilidad de la resignación.

El octavo milagro es que Jesucristo alimenta á todos los fieles, se una y se incorpore á ellos, para que no formen todos más que un sólo cuerpo con El y en El. Imitemos esta inmensa caridad de Jesucristo, amando á todos los hombres y orando por ellos, etc.....

Queremos ver á Jesucristo en la Eucaristía? Tengamos mucha fe. Los dos discípulos que iban á Emmaus reconocieron á su divino Maestro en la fracción del pan. (*Luc. XXIV. 31*). ¿Dónde ha querido Jesucristo ser conocido? dice S. Agustín. En la fracción del pan. Sólo allí ha querido ser conocido; por causa de nosotros que no debíamos verle en su carne y debíamos sin embargo alimentarnos de esta misma carne: *Ubi voluit Dominus agnoscí? In fractione panis: voluit agnoscí nisi ibi, propter nos, qui non eum cibusuri eramus in carne, et tamen manducaturi eramus ejus carnem.* (Serm. CXL. de Temp.).

La primera disposición es la fe.

Recibiremos este gran sacramento con tanto más fruto, cuanto más viva sea nuestra fe, añade S. Agustín: *Tanto quippe illud sumimus capaciis, quanto id est fidelius credimus.* (Eod. loc.).

Debemos decir á Jesucristo en la Eucaristía lo que dice Isaías: Sois verdaderamente un Dios oculto: *Veré tu es Deus absconditus.* (XLV. 45).

Porque habeis visto, Tomás, dijo Jesucristo á aquel apóstol, habeis creído. Dichosos los que no han visto y han creído: *Quia vidisti me, Thoma, credidisti; beati qui non viderunt et crediderunt.* (Joann. XX. 29). ¿Y por qué dichosos? Porque en su adoración tienen el mérito de la fe más pura y de la religión más perfecta.

Adoramos sin ver, pero no adoramos sin conocer: lo que adoramos, lo conocemos por la fe.... Se necesita una fe firme, inquebrantable.... Nada está mejor probado que la presencia real.... Se necesita una fe viva. Y llamo fe viva la que atraviesa las nubes y descubre á Jesucristo, y la que está llena de respeto, llena de buenas obras; porque, dice el apóstol Santiago, la fe sin las obras es una fe muerta: *Fides sine operibus mortua est.* (II. 26).

No debemos sentarnos en la santa mesa sin esta fe. No podemos pues decir á Jesucristo como aquel servidor del Evangelio decía á su amo: Señor, me habiais confiado diez talentos; hé aquí otros diez. (*Luc. XIX. 16*). ¿No hemos sido hasta aquí como aquel criado infiel y perezoso que fué á esconder el talento que habia recibido? ¿No hemos imitado á las vírgenes locas que dejaron apagar sus lámparas y no tenían aceite para ellas?... Si en la santa mesa Jesucristo pesase nuestra fe ¿no se nos hallaría demasiado ligero, como al impio Baltasar? *Appensus est in statera, et inventus est minus habens.* (Dan. V. 27).

Tengamos la fe de Sto. Tomás de Aquino, que en su lecho de muerte, al ver el santo Viático, pronunció las siguientes palabras con la más tierna devoción: Creo firmemente que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, está en este augusto sacramento. ¡Os adoro, ó Dios y salvador mío! ¡Os recibo, á vos que sois el precio de mi redención y el Viático de mi peregrinaje! ¡Vos por cuyo amor he estudiado, trabajado, predicado y enseñado. (*In ejus vita*).

Tengamos la fe de S. Bruno: Creo, dijo, los misterios que cree la Iglesia, y en particular que el pan y el vino consagrados en el altar son el verdadero cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, su verdadera carne y su verdadera sangre que recibimos para la remisión de nuestros pecados y con la esperanza de la vida eterna. (*In ejus vita*).

Tengamos la fe de la bienaventurada María de la Encarnación, carmelita conversa. Cuando en una grave enfermedad se le administró el Viático, el sacerdote, que tenía la santa Hostia entre sus dedos, le preguntó si creía que Jesucristo estuviese realmente presente en la Hostia. Si, lo creo, respondió ella; ¡ah! ¡si lo creo! Venid, ¡Señor mío! Venid ¡Señor mío! (*In ejus vita*).

La segunda disposición es la humildad.

La humildad, dice S. Bernardo, es una virtud tan necesaria, que sin ella no hay verdaderas virtudes; no son más que virtudes aparentes, virtudes vacías, cimeras, hipócritas y sin valor: *Humilitas virtutibus in tantum est necessaria, ut absque ista illa nec esse virtutes videantur.* (Serm. in Cant.). El que sólo tenga una humildad vacilante, añade aquel Sto. Doctor, por más que amontone virtudes, no reune más que ruinas: *Si nutet illa, virtutum aggregatio non nisi ruina est.* (U. supra.).

Aquel, dice S. Gregorio, que amontone virtudes sin humildad, imita al que arroja polvo al viento: *Qui sine humilitate virtutes congregat, quasi in ventum pulverem portat.* (Pastor).

Y Jesucristo nos dice: Si no os volveis como niños, no entraréis en el reino de los cielos: *Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum colorum.* (Math. XVIII. 3).

Si la humildad es tan necesaria para las demás virtudes, tan necesaria en todas las acciones, ¿cuánto no lo será en la más grande, la más sublime de las acciones, en la recepción de la divina Eucaristía?

En la Eucaristía es donde se aniquila Jesucristo; en la Eucaristía es donde da Jesucristo el ejemplo de la más profunda humildad. Se humilla haciéndose hombre; pero un ángel revela su grandeza. Se humilla queriendo nacer en un establo y tomando un pesebre por cuna; pero los ángeles anuncian á los pastores ese gran milagro; aparece la estrella de Jacob, y viene el Oriente representado por los magos á prosternarse á sus pies, á ofrecerle presentes y á adorarle... Lleva una vida pobre y oscura; pero los elementos aplacados, los panes multiplicados, los enfermos sanos y los muertos que resucita publican su poder y su grandeza. Se aniquila en la cruz; pero el sol que se oscurece á su muerte, el velo del templo que se desgarrá, la tierra que tiembla, las rocas que se hieden y se estrellan, los muertos que resucitan, y el centurion y los que con él estaban, dándose golpes de pecho, reconocen su majestad y su Divinidad, y la proclaman ante todo el universo. Sólo en la Eucaristía aquel gran Dios aniquilado no da ninguna señal exterior de grandeza, de majestad y de Divinidad; no deja ver más que su sublime humildad y su infinito amor. Debemos formar nuestra humildad sobre aquel divino modelo, sobre todo al acercarnos á la sagrada mesa.

Para humillarnos profundamente hemos de considerar: 1.ª la grandeza del Dios que vamos á recibir...; 2.ª nuestra nada...; 3.ª nuestros pecados...; 4.ª nuestra pobreza en virtudes.

Obrando así, imitaremos la humildad de Abraham, que se consideraba ceniza y polvo; imitaremos la humildad de la santísima Virgen..., la de S. Juan Bautista..., la de S. Pedro..., la del Apóstol de las Gentes..., la del Publicano..., la del Centurion, de Magdele-na... y de todos los Santos.....

Imitaremos sobre todo la profunda humildad del Dios que se nos

entrega... Y como da su gracia á los humildes, quedaremos llenos de gracias en la sagrada mesa; y cuanto más nos humillemos, tanto más seremos elevados.....

El Amado mío que se alimenta entre los lirios, me pertenece, y yo le pertenezco, dice la esposa de los Cantares: *Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pascitur inter lilia.* (II. 16). El Amado mío bajó á su jardín para coger lirios: *Dilectus meus descendit in hortum suum, ut lilia colligat.* (Cant. VI. 1). El que sea puro comerá este divino alimento dice el Levítico: *Qui fuerit mundus, vescetur ex ea.* (VII. 19).

¡Qué pureza no debe tener el que se sienta en tan precioso banquetel! ¡Qué pureza no debe tener aquella lengua que recibe á su Dios, aquellos labios teñidos con su sangre, aquellos ojos que le ven de tan cerca, aquel corazón que llega á ser su tabernáculo, aquella alma en la que El establece su morada! ¡Qué pureza no debe tener aquel que recibe al gran Dios, ante cuya presencia tiemblan los ángeles, los querubines y serafines, y se cubren el rostro con sus alas!...

Si nuestro Redentor, dice S. Pedro Damian, amó tanto la flor de la pureza, que no sólo quiso nacer de una Virgen, sino que quiso también tener por padre putativo á S. Jose, que era virgen, ¿qué pureza no ha de pedir á los que le reciben en la Eucaristía, ahora que reina en los cielos? (*Lib. I, epist. VI*). Y, á pesar de la incomparable pureza y virginidad de María, la Iglesia se admira de que aquel gran Dios no haya tenido horror al seno de aquella Virgen immaculada: *Non horruisti virginis uterum.* (In Præfat. B. V.). Se dice de David que se levantó del suelo, se lavó, perfumó su cabeza y sus manos, cambió de vestido, y despues de todas estas preparaciones, entró en la casa del Señor, adoró á Dios, y pidió luego pan y comió: *Surrexit David de terra, et lotus unctusque est, cumque mutasset vestem, ingressus est domum Domini, et adoravit, et venit in domum suam, petivitque ut ponerent ei panem, et comedit.* (II. Reg. XII. 20).

Job dice que los cielos no son puros en presencia del Altísimo: *Cæli non sunt mundi in conspectu ejus.* (XV. 15).

No deben comer los perros, es decir, los impuros, el pan de los hijos, dice Santo Tomás: *Vere panis filiorum non mittendus canibus.* (In seq. *Lauda Sion*).

El que no se ha despojado todavía del hombre antiguo, no debe recoger aquel divino maná. Jesucristo se entrega á los hombres para que se vuelvan ángeles. Los que no son puros y santos no deben acercarse á la santidad misma, dice el Concilio de Cartago: *Qui sancti non sunt, sancta tractare non debent.* Acérquese el cristiano á Jesucristo como otro Jesucristo, dice S. Lorenzo Justiniano: *Accedat ut Christus.* (Lib. de Ligno vitæ).

Miré, dice el apóstol S. Juan, y hé aquí que sobre la montaña de Sion estaba de pié el Cordero, y con él los que no tienen mancha de impureza, porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero á todas partes á donde va: *Et vidi; et ecce Agnus stabat super montem Sion, et*

La tercera disposición es la pureza.

cum eo qui cum mulieribus non sunt coinquinati; virgines enim sunt. Hi secuntur Agnum quocumque erit. (Apoc. XIV. 4-6). Así deben ser los que se alimentan del esposo de las vírgenes, del Santo de los Santos.....

La pureza es una virtud que nos hace semejantes á los ángeles; y nosotros debemos procurar parecernos á ellos, porque, segun el Real Profeta, comemos el pan de los ángeles: *Panem angelorum manducavit homo* (LXXVII. 25); y quedamos alimentados con el pan del cielo: *Pane caeli saturavit eos* (Psal. CIV. 40); y Jesucristo dice tambien: Soy el pan vivo que he bajado del cielo: *Ego sum panis vivus, qui de caelo descendi.* (Joann. VI. 51).

El Espíritu Santo nos dice que el que ama la pureza del corazón tendrá al Rey del cielo por amigo: *Qui diligit cordis munditiam, habebit amicum regem.* (Prov. XXII. 41).

La pureza aproxima al hombre á Dios, dice la Sabiduría: *Incorruptio facit esse proximum Deo.* (VI. 20). Las cosas santas son para los Santos, dice la Escritura: *Sancta Sanctis.*

Purificaos, vosotros que llevais los vasos del Señor: *Mundamini, qui fertis casa Domini.* El alma impura que coma este pan, será herida de muerte, dice la Escritura: *Anima polluta quae ederit, ipsa morietur.*

Escuchad lo que dice de Judith la Biblia: Se despojó de los vestidos de su viudez; y lavó su cuerpo, y ungióse con un ungiendo muy precioso, y trenzó su cabellera, y puso un bonetillo sobre su cabeza, y vistióse las ropas de su alegría, y se puso sandalias en sus piés, y tomó manillas y lirios, y arracadas y sortijas, y adornóse de todos sus atavíos; pareció á todos de una hermosura incomparable, y partió. Ozias y los sacerdotes de la ciudad que la aguardaban, admiraron su belleza, y le dijeron: Baje sobre ti la gracia del Dios de nuestros padres. Y así que se presentó á Holofernes, quedó éste maravillado y seducido por sus encantos. Holofernes mandó que la hiciesen entrar en dónde estaban los tesoros, y que permaneciese allí; y dirigiéndose á ella, le dijo: Bebe ahora y come con alegría, porque has hallado gracia ante mí (c. X). Hé aquí el cuadro de la hermosura, de la pureza de corazón que el cristiano debe tener para sentarse en la mesa del Señor. Entonces es cuando el cristiano entra en los tesoros de Dios, y Dios le mira con complacencia y le dice: Bebe mi sangre, come mi carne, porque has hallado gracia ante mí... Antes de acercarnos á un Dios virgen, al Dios de las vírgenes, hemos de renunciar á esas alecciones secretas, á ese hábito, á esas relaciones, á ese placer que la ley prohíbe y que deshonraría la carne inmaculada de Jesucristo; hemos de atacar esas pasiones y venganzas; hemos de desprendernos del mundo, y de sus diversiones peligrosas y funestas que nos alejan de Jesucristo... Que se experimente el hombre á sí mismo, dice el gran Apóstol, y coma luego de aquel pan y beba de aquel cáliz: *Probet autem seipsum homo; et sic de pane illo edat, et de calice bibat.* (I. Cor. XI. 28).

Los magos, dice S. Crisóstomo, le saludaron con respecto y le adoraron con temor y sobrecogimiento. (*Homil. ad pop.*). Imitémosles, respetemos á Jesucristo sobre el altar, y no nos acerquemos á aquel sagrado cuerpo sino con veneración profunda. No es á un ángel, es al Rey de los reyes, al Rey de los ángeles y de los hombres á quien vais á recibir y á tomar por alimento.

Nadie podía en otro tiempo mirar á Dios que no quedase herido de muerte. Los Betsamitas sólo por haber echado sobre el arca una mirada demasiado curiosa, fueron exterminados. Oza quedó herido de muerte por haber puesto sobre el arca una mano imprudente. El ángel del Señor azotó á Eliodoro de una manera terrible porque se había atrevido á entrar en el templo de Jerusalem. Si debían respetarse aquellas cosas, aunque sólo eran sombras, ¿de qué santo respeto no debemos estar poseídos ante la Eucaristía?

Debemos estar en el lugar santo, y sobre todo en la santa mesa como Jesucristo: tiene boca, y no habla; ojos, y no se sirve de ellos; piés, y no anda....

Respeto interior en el espíritu, en el alma y en el corazón....

Respeto exterior; respeto impreso por todos los sentidos, por los ojos, por los oídos, la lengua, los piés, las manos y todo el cuerpo...

Si las Dominaciones adoran, si las Potencias tiemblan, si los Serafines se cubren con sus alas, ¿con qué santo respeto no hemos de recibir nosotros al Dios de majestad?

En el momento de la muerte de Jesucristo tiembla la tierra y se abren las peñas: *Terra mota est, et petra scissa sunt.* (Math. XXVII. 51). Y ¿por qué tiembla la tierra y se abren las rocas? Porque la tierra presente que han de depositar á Jesucristo en su seno, dice S. Hilario; y sintiéndose incapaz é indigno de recibirle, tiembla de espanto. No seamos más insensibles que la tierra y las peñas, y acerquémonos con temor á la mesa del Dios de Santidad....

Los que os temen, Señor, serán grandes al lado vuestro en todas las cosas: *Qui timent te, magni erunt apud te per omnia.* (Judit. XVI. 19). El Señor bendice á todos los que le temen, dice el Salmista: *Benedixit omnibus qui timent Dominum.* (CXIII. 13).

Hemos de temer en presencia del Dios de majestad... temer no estar bastante preparados.... El gran Apóstol, que nada tenía que echarse en cara, estaba lleno de temor; porque, decía, aunque de nada me acuso, no por esto estoy justificado: *Nihil mihi conscius sum; sed in hoc non justificatus sum.* (I. Cor. IV. 4).

San Crisóstomo llama mesa terrible á la santa mesa....

Pero téngase en cuenta que el temor no debe separarse de la confianza, y que la confianza debe ser tambien más grande que el temor. Un rey es el que viene á nosotros; mas es un rey lleno de dulzura. *Ecce rex tuus venit tibi mansuetus.* (Math. XXI. 5). Es un

La cuarta disposición es el respeto.

La quinta disposición es un temor saludable.

La sexta disposición es la confianza.

Dios; pero un Dios cordero, lleno de bondad.... Es un padre, un esposo, un amigo, un mediador, un redentor, un médico, un guía y un salvador.... Bajo tales aspectos debemos considerar á Jesucristo en la Eucaristía.... Es el padre del hijo pródigo; es el buen pastor, el caritativo samaritano....

Poned toda vuestra confianza en el Señor, y él os alimentará, dice el Salmista: *Jaeta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet.* (LIV. 23). José, la casta Susana, Daniel, etc.... tienen confianza y se salvan; el leproso, el paralítico, al ciego de nacimiento, tienen confianza, y todos quedan curados.

La séptima disposición es el deseo ardiente.

Deseando Zaqueo ver á Jesús, Jesús le dijo: Baja pronto, Zaqueo; porque he de pasar hoy el día en tu casa. Y Jesús le dijo al entrar: Esta casa ha recibido hoy la salvación: *Hodie salus domui huic facta est.* (Luc. XIX. 5-9). El deseo ardiente de Zaqueo es el que le hizo alcanzar tan grandes favores....

Si alguien tiene sed, venga á mí y beba, dice Jesucristo: *Si quis sitit, veniat ad me, et bibat.* (Joann. VII. 37). Esta sed de que nos habla Jesucristo, no es más que el deseo ardiente de acercarnos á la santa mesa....

El mismo Jesucristo desea ardientemente entregárenos: He tenido un grandísimo deseo de comer esta Pascua con vosotros, dijo á sus apóstoles: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum.* (Luc. XXII. 15). Vedme aquí, dice el Apocalipsis; estoy á vuestra puerta, y llamo. Si alguno oye mi voz y me abre, entraré y comeré con él y él conmigo: *Ecce sto ad ostium, et pulso: Si quis audierit vocem meam, et aperuit mihi januam, intrabo ad illum, et cenabo cum illo, et ipse mecum.* (III. 20). Oigo la voz de mi predilecto, dice la esposa de los Cantares: Hé aquí que mi muy amado me dice: Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, y vén: *Vox dilecti mei, ecce iste venit, en dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea, columba mea, et veni.* (II. 8-10).

Así como el ciervo suspira por las fuentes de agua viva, dice el Salmista, así suspira mi alma por vos, ó Dios mío: *Quomodo modum desiderat cervus ad fontes aquarum; ita desiderat anima mea ad te, Deus.* (XLI. 1). Han deseado y pedido, añade el Salmista, y Dios les ha saciado con el pan del cielo: *Potierunt, et pane caeli saturavit eos.* (CIV. 40). ¡Qué amables son vuestros tabernáculos, Señor Dios de las virtudes! Mi alma ha aspirado á los atrios del Señor y ha desfallecido de deseos: *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini.* (Psal. LXXXIII. 2-3).

He buscado al que ama mi corazón, dice la esposa de los Cantares; le he buscado, y no le he hallado. Me levantaré y recorreré la ciudad; buscaré por los caminos, por las plazas públicas al que mi alma desea: *Quae sivi quem diligit anima mea; qua sivi illum, et non inveni. Surgam, et circuibo civitatem. Per rivos et plateas quaram quem diligit anima mea.* (III. 1-2). En su ardiente deseo se dirigió á

todas las criaturas, y pregunta: ¿Habeis visto el objeto de mis deseos? *Num quem diligit anima mea vidistis?* (III. 3). Si habeis visto á mi amado, decidle que languidezco por deseo de verle: *Nuntiate dilecto meo quia amore languesco.* (II 5). Duermo, y vela mi corazón lleno de deseos: *Ego dormio, et cor meum vigilat.* (V. 2). Hé aquí un modelo de piadosos y santos deseos.... Antes del advenimiento de Jesucristo por la Encarnación, el universo suspiraba por Él, los pueblos le aguardaban hacia cuatro mil años, los profetas le pedecían y deseaban, los patriarcas le anhelaban ardientemente, y los justos lo pedían á Dios con instancia. Todos le saludaban de lejos, y se alegraban, y se consolaban con la esperanza de su venida. Es el deseo de las naciones, dice el Génesis: *Ipse erit expectatio gentium.* (Gen. XLIX. 10). Vendrá el deseado de todas las naciones, dice el profeta Aggeo: *Veniet desideratus cunctis gentibus.* (II. 8). Cielos, exclama Isaías, dadnos el rocío; y nubes, traednos al justo; fecundizese la tierra, y brote de ella su Salvador: *Horate, caeli, desuper; et nubes pluant justum; aperiat terra, et germinet Salvatorem.* (XLV. 8). ¡Ah, Señor, cuando abriéis los cielos y bajaréis! *Utinam dirumperes caelos et descenderes!* (Isai. LXIV. 1).

Abrahan, dice Jesucristo, ha deseado ver mi día; lo ha visto, y se ha alegrado: *Abraham exultavit ut videret diem meum; vidit et gavisus est.* (Joann. VIII. 56). Nuestros padres, dice S. Pablo, veían las promesas, y las saludaban de lejos: *A longe eas aspicientes et salutantes.* (Hebr. XI. 13). Todos esos justos de la antigua ley son modelos de deseos, y debemos imitarlos. Más felices que ellos, poseemos en la santa Eucaristía al que anhelaban con todo su corazón....

Hemos de tener el deseo del pródigo en país lejano....

El que está enfermo desea el médico, desea su curación: nosotros somos verdaderos enfermos....

El que está bueno desea alimento....

Dios llena de bienes á los que tienen hambre de Él, dice la santísima Virgen: *Esurientes implebit bonis.* (Luc. I. 53). Cuanto más deseamos á Jesucristo, más se inflaman nuestros deseos. Los que me comen, dice, aun tendrán hambre; y los que me beben, aun tendrán sed: *Qui edunt me, adhuc esuriant; et qui bibunt me, adhuc sitient.* (Eccli. XXIV. 29). Pero deseando siempre, los deseos quedarán siempre satisfechos. Saciados, desearemos todavía; y deseando, quedaremos satisfechos. Desear ser saciados y ver satisfechos nuestros deseos, ¿qué mayor felicidad? Es saborear anticipadamente la felicidad del cielo. ¡Ah, qué diferentes son los deseos del mundo y sus locuras, de los deseos de la santa Comunión!

Este deseo de la santa Eucaristía encierra en sí todas las demás disposiciones; porque cuando deseamos sincera y eficazmente un fin, estamos determinados á emplear todos los medios que son necesarios para conseguirlo. Si deseamos, pues, realmente la santa Comunión, sólo este deseo nos compromete á no descuidar nada para

disponernos á ella.... Hemos de ir á recibir á Jesucristo: ¡*Hossana* en lo más alto de los cielos! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! (*Joann. XII. 13*). Entónces Jesucristo entra triunfalmente en nosotros.... He aquí el esposo, levantaos, id á recibirle: *Eccē sponsus, exite obviam ei.* (*Matth. XXV. 6*).

¡Ah, Señor! hemos de exclamar con S. Agustín, ¡quién me dará veros en mi corazón para que tomeis de él posesión, llenéis todo su vacío, reinéis allí solo, permanezcáis conmigo hasta la consumación de los siglos, llenéis todos mis deseos, seáis mis más castas delicias, derrameis en él mil secretos consuelos, le sacíeis, le embriagueis y me hagáis olvidar mis agitaciones, mis inquietudes, mis vanos placeres, olvidar á todos los hombres y el universo entero, y ma dejéis todo para vos, para gozar de vuestra presencia, de vuestras conversaciones y de las dulzuras que prepararás á los que os desean! Venid, Señor, y no tardéis, que todos los bienes me llegarán con vos. Despreciado, perseguido, afligido, despojado y calumniado, tendré en nada mis aflicciones así que vengáis vos á mitigarlas. Honrado, favorecido, elevado y rodeado de abundancia, las vanas prosperidades no harán mella en mí, ni me parecerán nada, desde el momento en que me hayáis hecho saborear cuán dulce sois. (*Soliloq.*). Tales son los deseos que deben llevarnos á la mesa Eucarística....

Debemos también desear reparar, comulgando, todos los sacrificios que se cometan....

Es preciso, dice S. Bernardo, que el ardor de un deseo santo se anticipe á la recepción de nuestro Dios: *Oportet ut sancti desiderii ardor precedat faciem ejus.* (*Serm. in Cant.*).

Llevando á la santa mesa un ardiente deseo, semejante deseo nos inflammará en un grande amor por Jesucristo, amor que es la más importante y la más perfecta de todas las disposiciones para comulgar con fruto.

La octava disposición es un amor ardiente á Jesucristo.

Jesucristo nos manifiesta en la Eucaristía una ternura, un amor infinito.... Esta bondad de un Dios merecería ser correspondida con otro amor infinito; pero, ya que somos incapaces de tenerlo, hagamos al menos lo que esté de nuestra parte. Amemos al Salvador por todas las criaturas; deseemos que todas se empleen y sacrificuen en su servicio....

¿Dónde está nuestro amor? ¿Dónde están los transportes de nuestro corazón? Traigámoslos, traigámoslos aquí. ¡A qué no tengo los corazones de todos los hombres! A qué no tengo aquí tantos millones de corazones como gotas de agua hay en los mares, para depositarlos para siempre al pié de los altares ante la divina Eucaristía. ¡A qué no tengo el poder de detenerlos, unirlos y arrastrarlos tan inseparablemente al pié del trono de Jesús, que jamás puedan separarse de allí. ¡Cómo es posible que teniendo sin cesar á Jesucristo en medio de nosotros, no estemos continuamente prosternados de espíritu y de corazón ante el Santísimo Sacramento! ¡Cómo no nos

volvemos hácia la Iglesia cien veces durante el día para dirigir allí miradas, centellas de amor al celestial Esposo!...

La divina Eucaristía es el sacramento de amor; sólo el amor es el que lleva á Jesucristo á entregárcenos. Hemos de pagarle amor con amor.... Se nos da todo á nosotros; ¿podremos rehusarle algo? ¿Nos atreveríamos á parecer ante Él, acercarnos, besarle, abrazarle, recibirle y tomarle por alimento sin amarle?....

Cuando la luna está en su menguante ó es nueva, no se parece al sol. El sol es luminoso, brillante y deslumbrá; la luna está entónces casi sombría, oscura y tenebrosa, porque sólo á medias está iluminada por el sol; y cuando deja de estarlo completamente, desaparece, y no es ya nada para nosotros. Pero cuando está llena, mirando cara cara al sol en toda la extensión de su globo, recibe de lleno sus rayos, y es casi semejante á él; es un sol de noche que suple la ausencia del día. Ahora bien; cuando comulgamos, nuestra alma toda debe ponerse bajo la influencia del eterno sol de justicia, para que recibamos todos los rayos de su amor y nos llene á todos con este mismo amor. ¿De dónde viene que una persona tiene más ilustración y sabiduría, más esplendor de buen ejemplo, y más sólidas virtudes que otras? Porque cada vez que comulga es todo de Dios, le da todo su corazón y se aplica á amarle con todo su poder; miéntras que la otra, al comulgar, sólo mira á Dios á medias, no le da más que una pequeña parte de sus pensamientos y de sus afectos, reservando lo restante para la vanidad, la tierra, las criaturas, el mundo, las frivolidades y la locura.

Sólo á la vista del arcángel, David se estremecía de alegría. Juan Bautista en el seno de su madre sintió ya la presencia de Jesucristo, encerrado también en las sagradas entrañas de María, y se llenó de un súbito regocijo.

Impresiones vivas de un vivo amor que los transportaba fuera de sí mismos, impresiones que los Santos han experimentado en todos los siglos. Ante la divina Eucaristía, se sentían enloquecidos de amor, estaban sumergidos en las más profundas y deleitosas contemplaciones, y derramaban abundantes lágrimas de amor. Nos quejamos muchas veces de nuestra sequedad y tibieza; amemos á Jesucristo, y cesarán nuestras quejas, y se disiparán todos los obstáculos para el amor de Jesucristo. Un alma enamorada del divino Esposo tiene siempre sentimientos que la ocupan y la entretienen; no tiene qué temer al pié de los altares, ni enojo ni disgusto alguno. Cuanto más habla á su Señor, más quiere hablarle; cuanto más recibe á su amado, más quiere recibirle, y las horas pasan como momentos....

Todo el mal estriba pues en que no amamos.

Cuando llevaron el santo Viático á S. Felipe Neri, prorumpió en alta voz derramando lágrimas: ¡Aquí está mi amor! Viene á verme el que hace las delicias de mi alma! Dadme pronto mi amor (*In ejus vita*).

San Norberto, arzobispo de Magdeburgo, dice que el que se acerca raras veces á la Eucaristía, porque se halla tibio ó frío, se parece á un hombre que diga que no se acerca al fuego porque tiene frío, ó que no recurra al médico porque está enfermo. (*In ejus vita*).

El amor que Sta. Teresa tenía al santo sacramento del Altar está impreso en todas sus obras. Sus expresiones son todo fuego cuando se trata de este augusto Misterio. No puede expresarse con qué fervor se acercaba á la santa mesa, y con qué efusión manifestaba los sentimientos de su alma ante el divino Salvador. Dirigía entónces al Omnipotente las instancias y las preces más ardientes para que se sirviera, en nombre de su Hijo, contener el torrente de iniquidades con que está inundada la tierra, y preservar al universo de las horribles profanaciones con que los hombres insultan su misericordia.

El amor de S. Estanislao de Kostka hácia la Eucaristía era tan grande, que su rostro parecía todo encendido cuando entraba en la iglesia. Se le vió muchas veces en éxtasis durante la misa y despues de la comunión. Los días en que comulgaba, no podía hablar más que del exceso de amor que Jesucristo nos manifiesta en su adorable sacramento; y las conversaciones que tenía eran tan tiernas, que los padres que tenían más experiencia en las vías interiores de la piedad, no se cansaban de oírle. (*In ejus vita*).

La devoción de Sta. Angela á la Eucaristía era tan ardiente, que pasaba horas enteras de rodillas ante los tabernáculos donde descansaba su amado. (*Ex ejus vita*).

En una carta que S. Elzear escribió de Italia á Sta. Delfina, su esposa, decía: Deseais tener á menudo noticias mías: Id á menudo á visitar á Jesucristo en el Santísimo Sacramento, y entrad en espíritu en su sagrado corazón, pues ya sabéis que allí es mi morada ordinaria, y podeis estar segura de encontrarme allí siempre. (*Ex ejus vita*).

Santa Catalina de Génova, en sus arrebatos de amor á la divina Eucaristía, invitaba hasta las criaturas inanimadas á bendecir y á alabar al Dios que se le había entregado. ¡Pues qué! exclamaba, ¿no pertenecéis todas las criaturas á mi Dios? ¡Amadle pues! bendecidle con todo vuestro poder y vuestra fuerza. ¡O amor mío! ¿quien podrá impedirme amaros? ¡O amor! Si una cadena liga á los demás con vos, yo me ataré con diez cadenas! ¿Qué más puedo desear, Dios mío, sino que mi corazón arda y se consuma por vos en la tierra? Sólo os quiero á vos, y no tomaré ningún descanso hasta que me vea oculta y sepultada en vuestro divino corazón por medio de la santa Eucaristía. ¡Oh! ¡en cuán pocos hombres habita Dios! ¡O Dios mío, deteneis vuestro amor en vos mismo, porque, distraídos los hombres con las cosas de la tierra, se niegan á recibirlos! ¡O tierra, y qué darás en cambio á esos hombres que te tragas? (*Ex ejus vita*).

San Francisco de Salés tenía un amor especial al Santísimo Sacramento; era su vida y su única fuerza, su amor y su todo. (*Ex ejus vita*).

O Salvador mío, exclamaba San Eiren, os tengo por Viático en el largo y peligroso viaje que voy á emprender. Con el hambre espiritual que me devora, me alimentaré de vos, ó divino Redentor de los hombres! Y no habrá fuego que pueda acercarse á mí, porque ningún fuego podría soportar el vivificante contacto de vuestro cuerpo y de vuestra sangre (*Serm.*).

La más perfecta de todas las disposiciones y preparaciones para recibir dignamente la Eucaristía, es vivir siempre del mismo Jesucristo. El que me coma, dice, vivirá para mí: *Qui manducat me, et ipse vivet propter me*. (Joann. VI, 58). Hemos de poder decir con el gran Apóstol: La vida mía es Cristo: *Mihi vivere Christus*. (Philipp. I, 21)

El que quiera recibir la vida, dice San Agustín, cambia de vida; porque si el pecador no cambia de vida, recibirá la vida de su juicio; en vez de recibir la salud, estará más cerca de la disolución; y en vez de recibir la vida, recibirá la muerte: *Mutet vitam qui vult accipere vitam. Nam, si non mutet vitam, ad iudicium accipiat vitam; et magis ex ipsa corrumpitur quam sanatur; magis occiditur quam vivificatur*. (Serm. I, de Temp.).

Así como mi Padre que me ha enviado á la vida, y yo vivo para mi Padre, dice Jesucristo, así el que me coma vivirá también por mí y para mí: *Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem; et qui manducat me, et ipse vivet propter me*. (Joann. VI, 58).

El mismo Jesucristo estaba sometido á María y á José; sometámonos nosotros á Dios, á su ley, á su palabra....

Puesto que habeis recibido á Jesucristo, nuestro Señor, dice S. Pablo, andad según sus indicaciones, arraigaos en él, edificad en él, y arraigaos en la fe: *Sicut ergo accepistis Jesum Christum Dominum, in ipso ambulate, radicati et superedificati in ipso, et confirmati fide*. (Coloss. II, 76).

Jesucristo debe ser la dote de nuestra herencia: *Dominus pars hereditatis meae*. (Psal. XV, 5). Hemos de seguir á Jesucristo hasta el Calvario....

El que recibe á Jesucristo, es de Jesucristo en la actualidad, y debe serlo para siempre. El que está en Cristo, dice S. Pablo, es una criatura nueva; lo antiguo pasó; ved que todo es nuevo: *In Christo nova creatura: vetera transierunt: ecce facta sunt omnia nova*. (II. Cor. V, 17). Se lee en las Actas de los Apóstoles que los primeros cristianos perseveraban en la doctrina apostólica, en la participación de la fracción del pan y en la oración: *Erant autem perseverantes in doctrina apostolorum, et communicatione fractionis panis, et orationibus*. (II, 42).

Es menester que Dios sea vuestra morada y vosotros la de Dios, dice el venerable Beda; vivid en Dios para que Dios viva en vosotros. Dios mora en vosotros para conteneros, impedir que caigais, y

La novena disposición es que hemos de vivir de Jesucristo.

Perseverancia despues de la comunión.

haceros perseverar; morad en Dios para no caer, y perseverar en el bien. (*In Collect.*)

Daré al que perseverare un maná oculto, dice el Señor en el Apocalipsis: *Vincenti dabo manna absconditum.* (II. 17). Haré que el vencedor coma del árbol de la vida: *Vincenti dabo edere de ligno vite.* (Ibid. II. 7).

He hallado al que ama mi corazón; me he apoderado de él, y no le dejaré marchar, dice la esposa de los Cantares: *Inveni quem diligit anima mea; tenui eum, nec dimittam.* (III. 4).

Los hijos de Israel comieron el maná durante cuarenta años, hasta que llegaron á la tierra prometida: *Filii Israel comederunt Man quadraginta annis, donec venirent in terram habitabilem.* (Exod. XVI. 35). Así..., lo que da la perseverancia final es la perseverancia en la Comunión....

El ángel del Señor tocó á Elías, dice la Escritura, y le dijo: Levántate y come, porque te queda mucho camino que recorrer: *Surge, comede, grandis enim tibi restat via.* (III. Reg. XIX. 7). Y así que se hubo levantado, comió y bebió; y fortificado con aquel alimento, anduvo cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, la montaña de Dios: *Qui, cum surrexisset, comedit et bibit; et ambulavit in fortitudine cibi illius quadraginta diebus et quadraginta noctibus, usque ad montem Dei Horeb.* (Ibid. XIX. 8).

(Véase ACCIONES DE GRACIAS).

EVANGELIO Ó SAGRADA ESCRITURA.

SALGUN S. Atanasio y S. Agustín (*in psal. XC.*), S. Antonio llamaba la Sagrada Escritura una carta enviada por el Cielo á los hombres: *Sanctam Scripturam SS. Epistolam é Cælo ad homines missam.* ¿Qué es la Sagrada Escritura? Es, dice S. Gregorio el Grande, una epístola del Omnipotente á su criatura: *Quid est Sancta Scriptura, nisi epistola omnipotentis Dei ad suam creaturam?* (Lib. IV. epist. LXXXIV).

El mismo Espíritu Santo ha dictado la Sagrada Escritura, dice S. Cipriano; los profetas (los evangelistas y los Apóstoles) no eran más que sus amanuenses, ó bien la pluma del Espíritu Santo, bajo cuyo dictado escribían: *Spiritus Sanctus erat scriba; propheta erant ejus calami, quibus Spiritus Sanctus scribenda dicitabat.* (Serm. de Eleem.).

¿Qué es el Evangelio? Es el libro de Jesucristo, la filosofía y la teología de Jesucristo; es la preciosa nueva de la redención; es la gracia, la salvación eterna del género humano que Jesucristo trajo al mundo y concedió á los creyentes.

El Antiguo Testamento es el Nuevo Testamento velado; el Nuevo es el Antiguo sin velo.

El Nuevo Testamento, dice S. Willibaldo, es con relación al Antiguo lo que la luz es relativamente á la sombra, lo que la verdad comparada con la imagen, lo que el alma es al cuerpo, lo que la vida es á lo que vivifica. Y como el cuerpo está vivificado por el alma, así se han verificado las promesas del Antiguo Testamento por la verdad que Jesucristo nos ha descubierto en el Nuevo: *Novum Testamentum se habet ad Vetus, sicut lux ad umbram, sicut veritas ad figuram, sicut anima ad corpus, sicut vita ad quod vivificatur. Sicut enim corpus per animam vivificatur, sic per veritatem in Novo Testamento per Christum exhibitam, promissiones Veteris Testamenti verificato sunt.* (In ejus vita á Philipp. epist.).

La diferencia que existe entre la antigua ley y la nueva, estriba: 1.º en su autor: los autores de la antigua son principalmente Moisés, y luego los profetas; el autor del Evangelio es Jesucristo, verdadero Dios y hombre...; 2.º en que la antigua ley es ménos perfecta...; 3.º en que la antigua no es más que una sombra de la nueva; el Evangelio es la verdad visible...; 4.º en que la antigua era una ley de temor; el Evangelio es una ley de amor...; 5.º en que la ley prometía bienes terrestres y perecederos, y el Evangelio promete la gracia, el cielo; y nos lo da...; 6.º en que la ley era un yugo pesado, y el Evangelio es un yugo ligero...; 7.º en que la ley era el camino para ir á Jesucristo y al Evangelio, siendo el Evangelio y Jesu-

¿Qué es la Sagrada Escritura?

¿Qué diferencia hay entre la antigua y la nueva ley?